

CAMPAGNOLO, H.: «Eme "cuellir, ramasser, pieger" (Chez les Fataluku de Lórehe à Timor Oriental)». LEAL, J.: «As Romarias Quaresmais de São Miguel (Açores)». LIMA DE CARVALHO, A.: «A Ernesto Veiga de Oliveira». LÓPEZ LINAGE, J.: «Un Batán de cueros del siglo XVIII en el Canal de Castilla». LUKÁCS, L.: «Zur regionalen Verbreitung des Maishobels». NIEDERER, A.: «Collectivisme et Individualisme dans les Alpes Suisses». O'NEILL, B. J.: «Repensando trabalhos colectivos lúdicos: A matança do porco em Alto Trás-os-Montes». PAIS DE BRITO, J.: «O Atlas Etnológico e a Carta das Fogueiras Anuais». PALMEIRIM, M.: «The sterile Mother: "myth versus history" in Runwund oral traditions». PEREIRA, B.: «Ernesto Veiga de Oliveira e o Museu de Etnologia». PEREIRA, R.: «Trinta anos de museologia etnológica em Portugal — Breve Contributo para a História das suas Origens». PINA CABRAL, J. DE: «A legitimação da crença: Mudança social e bruxas no Norte de Portugal». POLANAH, L.: «As relações de vizinhança em Almeida de Sayago». GANDRA PORTELA, J. F.: «Trás-os-Montes: região verdadeiramente singular». PRISTA, P.: «Águas tiradas e águas de rojo — Autonomia e cooperação nas hortas do Alto Barrocal Algarvio». PEREIRA DE QUIROZ, M. I.: «O Entrudo, antigo Carnaval português». RADICH, M. C.: «Confrontos e um saber». RAMOS, M. J.: «Sade, fundador das ciências do Homen?». RASMUSSEN, H.: «Cumhari di Puleju — A *comparatico* ceremony from Calabria». ROCHA PINTO, J.: «Um olhar cru sobre o Alentejo». RODRIGUES DE AREIA, M. L.: «O processo da adivinhação e a criação do simbólico». ROCHA TRINDADE, M. B.: «Le Musée d'aujourd'hui: un systhème de communication multimedia». SARAIVA, C.: «Funeral directors — The construction of an identity ». SILVA, C.: «Recordando o "Inquérito à habitação rural"». STAHL, P. H.: «La fonction de "Veillard" — Quelques exemples de l'Europe Orientale». STEENSBERG, A.: «Ethno-Archaeological experiments in Context with Traditional Agriculture Processes». THOMPSON, G. B.: «The Ulster Folk Museum and Some Consequent Comments on Kindred Institutions». TORRES, C.: «Arqueologia, História local e Desenvolvimento». VAJKAI, Z.: «Notas de László Magyar, explorador da África, sobre a agricultura dos povos angolanos». VAL DE ALMEIDA, M.: «"Não desejarás o teu próximo": A homossexualidade como pecado, crime e doença: espelho da construção social da sexualidade, do genero e dos afectos». VAZ DA SILVA, F.: «Aspectos do Compadrio».

JOSÉ LUIS MINGOTE CALDERÓN

ELÍAS, Luis Vicente, y MUNTIÓN, Carlos: *Los pastores de Cameros* (Madrid: Gobierno de La Rioja. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1989), 218 pp., ilustr.

Los pueblos y culturas pastoriles han tenido y tienen gran atractivo para los investigadores. Su carácter nómada o seminómada, su clara diferenciación y hasta antagonismo respecto a las comunidades agrícolas vecinas y la marginación o rechazo que han sufrido y sufren cuando no son el elemento mayoritario en un entorno geográfico, son algunas de las claves que han contribuido al desarrollo de ese interés. Masai, nuer, dinka, hotentote, tuareg, navajo, lapón, mongol, etc., son algunos ejemplos de pueblos pastores que han dado lugar a una abundante bibliografía antropológica.

Las comunidades pastoriles de Europa no han sido ajenas al interés del etnólogo: los citados lapones y distintos pueblos pastores de países mediterráneos están entre las sociedades más estudiadas. Sin embargo, así como en los restantes continentes las co-

comunidades estudiadas muestran una gran variedad en relación con el ganado pastoreado (renos, ovejas, caballos, vacas, camellos, dromedarios) en Europa (y excepto el caso de los lapones) los etnólogos han estado especialmente interesados por los pastores de ganado ovino. La razón es evidente: este tipo de pastoreo no es sólo el más generalizado, sino el que conlleva mayor movilidad espacial —en una de sus variantes— y una caracterización cultural más acusada, que proviene de los amplios movimientos estacionales en busca de pastos, es decir, de la trashumancia. Es cierto que también se producen desplazamientos con ganado vacuno, pero son menos importantes numéricamente y casi siempre se realizan entre áreas geográficas relativamente cercanas, siendo mayoritarios los traslados únicamente en altura. Aunque en España contamos con una extensa bibliografía sobre dos comunidades dedicadas al pastoreo de ganado vacuno (los vaqueiros de alzada de Asturias y los pasiegos de Cantabria), es evidente que hay una mayor tradición de estudios sobre pastores de ovejas, tanto estantes como trashumantes, referidos sobre todo al País Vasco, al Pirineo y a los grandes rebaños trashumantes del interior.

Los autores de la obra que vamos a comentar, y especialmente Luis Vicente Elías, han centrado buena parte de su trayectoria investigadora en el estudio de las comunidades pastoriles de un territorio importante desde esta perspectiva: el Sistema Ibérico, y especialmente la zona de Cameros. Precisamente este año (1990) el autor citado ha dedicado a las culturas pastoriles la IV edición de las Jornadas de Etnología que organiza anualmente en Sorzano (La Rioja).

El trabajo que nos ocupa es fruto, según se indica en el libro, de una decena de años de convivencia y estudio entre las comunidades pastoriles cameranas. Durante este tiempo el método de trabajo que les ha guiado ha sido lo que los autores denominan «participación plena»: compraron ganado y se hicieron pastores trashumantes, compartiendo viajes y experiencias con los pastores profesionales. Más adelante volveremos a ocuparnos de esta cuestión.

El área de estudio es la Tierra de Cameros, territorio montañoso que ocupa la parte meridional de La Rioja y toca también las provincias de Burgos y Soria. La mayor parte de sus pueblos (hoy muchos de ellos abandonados, sobre todo en el valle del río Jubera) eran de pastores trashumantes, aunque hoy son pocos los que trashuman, perteneciendo casi todos al ámbito soriano.

Según se indica en el texto, lo que se ha pretendido con este trabajo es algo bien concreto: «la recogida y recuperación de los modos de vida y la cultura tradicional» de dichas comunidades.

Tras estos preliminares y después de referir la citada delimitación del área de estudio, los autores pasan a exponer una definición de pastoreo, que se entiende como «una actividad encaminada a la guarda, cría y reproducción de animales (...) aprovechando prioritariamente pastos al aire libre (...)» (p. 21). Aunque el ganado pastoreado de forma mayoritaria ha sido siempre el ovino, hay referencias también al caprino, porcino y al ganado de labor (caballar y bovino), que se guardaban en forma de dulas o veceras. Precisamente hoy el vacuno está ganando terreno de forma importante al lanar, aunque ya no se emplea como fuerza de trabajo sino por sus aptitudes cárnica y lechera.

Pero, como hemos dicho, el ganado principal de Cameros ha sido el ovino, y sobre él centran su trabajo los autores. Distinguen tres formas de pastoreo en su sentido más amplio: estante, trasterminante y trashumante. La primera se localizaba principalmente en las zonas de fuera de Cameros, en las tierras bajas que conforman La Rioja en el sentido estricto del término; hoy, sin embargo, se extiende también por buena parte de las comarcas serranas. Este ganado aprovecha los pastos cercanos a su lugar

de residencia, con recorridos o «careos» muy cortos. Del estante (de raza churra) se aprovechaba fundamentalmente la carne y, en menor medida, la lana, al ser de mucha menos calidad que la obtenida de la oveja merina trashumante.

El pastoreo trasterminante se caracteriza, a su vez, por traslados relativamente cortos, aunque puede haber grandes diferencias entre aquellos pueblos de la cuenca alta del Cidacos que descendían en verano hasta el valle del Ebro y los de otras zonas que se limitaban a traslados en altitud desde los valles cameranos a los pastos altos del mismo territorio.

Por último, la forma más importante de pastoreo en Cameros era (hasta hace escasas décadas) la trashumante: se aprovechaban en verano los pastos altos del Sistema Ibérico y en invierno los de Extremadura y Valle de Alcodia, en Ciudad Real. No obstante, en algunos momentos se han alquilado pastos de verano en tierras de Reinosa (Cantabria) y en las montañas del norte de Burgos. Las referencias históricas a este pastoreo trashumante se remontan al menos al siglo X, aunque son muy escasos los estudios sobre momentos anteriores al XVIII. Como ya se ha apuntado, el retroceso de la trashumancia ha sido brutal: en 1985 sólo había tres rebaños trashumantes en los Cameros riojanos, dos en los burgaleses y todavía cuarenta en los sorianos.

Tras estas referencias generales al pastoreo, se estudian los pastos. Tres son los tipos de superficies pastables principales: rastrojeras, prados de siega y pación particulares y pastizales, estos últimos de propiedad pública en su mayoría, ya sean de comunales o de propios. Además, existía en cada localidad una dehesa comunal para el alimento de los animales de labor. Se citan, brevemente, algunas ordenanzas municipales de pastos y rastrojeras y se hace referencia también a las mancomunidades de pastos. Termina este capítulo con algunos datos sobre las cañadas usadas en la trashumancia y las vías pecuarias existentes dentro de la región, apuntándose también algunos datos sobre prácticas y circunstancias relacionadas con la conducción del rebaño.

El capítulo posterior se centra, precisamente, en el ganado: razas, formas de tenencia, señales y marcas, técnicas pastoriles y enfermedades, con un apartado final dedicado al análisis del importante papel jugado por los mastines y los problemas originados por el lobo. Como es lógico, el ganado ovino trashumante es de raza merina; el estante es más variado: churra, ojalada, aragonesa y chamarita. Esta última se considera autóctona, originaria, al parecer, de las tierras de Cornago y Ambasaguas. Por lo que se refiere a la forma de tenencia, la más generalizada era la propiedad, aunque existían algunos tipos de arriendo de carácter minoritario. Por otra parte, en los rebaños trashumantes que no eran propiedad de los pastores, éstos podían incluir un determinado número de cabezas de ganado, la «excusa», junto a los animales del amo y sin gasto de ningún tipo.

En el apartado dedicado a las técnicas pastoriles se presta especial atención a la esquila, las cuadrillas de esquiladores y la lana. Durante los últimos años la depreciación de esta última ha llevado a un cambio importante: la carne ha sustituido a la lana como objetivo de explotación.

El capítulo 5.º, titulado «Estadística», sólo pretende, como señalan los autores, dar algunas cifras indicativas del número de cabezas existente en la región y sus pueblos desde el siglo XVIII hasta 1981, sin que se busque la exhaustividad y teniendo en cuenta, además, las significativas variaciones que pueden existir en los recuentos.

El siguiente capítulo se dedica a la figura central y protagonista de todo el estudio: el pastor. La información proporcionada por el Catastro de Ensenada, de mediados del siglo XVIII, demuestra de forma palpable, al referir el número de pastores profesionales

de cada pueblo, la intensísima dedicación pastoril de todo Cameros. A continuación, los autores intentan demostrar la importancia de la endogamia y la consanguinidad existente en estos pueblos de pastores y, más adelante, la del papel jugado por la mujer dadas las largas ausencias de los maridos debido a la trashumancia. Ambos apartados tocan temas bastante complejos y problemáticos para el escaso número de páginas que se les dedica. Aunque los datos ofrecidos son muy escasos (referidos sólo a cinco pueblos) parece evidente el hecho de que, sobre todo hasta 1900, algunos pueblos presentan un alto grado de endogamia local; pero insistimos en que la muestra presentada es muy reducida. Más problemático aún es el tema de la consanguinidad. Habría sido interesante que se hubieran presentado datos por extenso y no únicamente los de dos pueblos que, efectivamente, presentan porcentajes altos de consanguinidad. El ámbito del parentesco y el matrimonio es lo suficientemente complejo como para que no pueda resumirse en la escueta afirmación de que «la endogamia y la consanguinidad son pues dos pilares de los matrimonios pastoriles (...)» p. 141). Debería profundizarse más (aunque es posible que se haya hecho así y no se refleje en la publicación) y estudiar con detalle un buen número de pueblos, considerando de forma minuciosa las relaciones existentes entre sistemas de parentesco y matrimonio y la dedicación pastoril, comparándolos, a su vez, con datos procedentes de comarcas cercanas no dedicadas de manera especial al pastoreo.

En íntima relación con el tema del apartado anterior está el ya citado que se refiere a la mujer. Como en el caso que acabamos de comentar, es muy escaso el espacio dedicado a su análisis. Es cierto que en todos los pueblos que practican la trashumancia o en los que se da mayoritariamente cualquier otra profesión o circunstancia que conduce a la ausencia continuada de los varones, la mujer juega un papel de mucho mayor peso en todos los ámbitos. Sin embargo, es bastante delicado relacionar de forma automática este hecho con un sistema específico de residencia postmarital (en este caso residencia temporal en casa de los padres de la novia) y más aún con lo que se ha venido en llamar matriarcado. Hay que tener en cuenta muchas más variables (líneas de descendencia, existencia o no de matrimonios preferenciales, formas de transmisión de bienes y poder, etc.) para poder plantearse la existencia de un sistema de parentesco y de organización familiar en el que prevalezca la matrilinealidad (que tampoco deben confundirse con matriarcado y patriarcado, respectivamente). Este análisis debería ser completado posteriormente con un estudio más detallado del verdadero alcance del papel desempeñado por la mujer en el sistema económico y en el de las relaciones sociales. Finalmente, habría que comparar los resultados con los que se obtuvieran de otras comunidades, no pastoriles, del entorno. Sólo entonces estaríamos en condiciones de comprobar la especificidad de los sistemas de parentesco y matrimonio y la organización familiar de una sociedad de pastores trashumantes.

Siguiendo con el comentario de la obra, el capítulo que estamos considerando (el 6.º) continúa con la descripción de la jerarquía existente entre los pastores de rebaños trashumantes, haciendo referencia igualmente a su terminología, dedicaciones y salarios. Sigue con la interesante cuestión de la instrucción o educación de los pastores, quienes, pese a la negativa opinión que se ha formado sobre ellos, sabían leer y escribir en porcentajes bastante mayores a los existentes entre los agricultores. En dicha instrucción pastoril jugaron un importante papel algunos libros escritos bajo la influencia directa de la Ilustración dieciochesca, aparecidos en ese siglo o a comienzos del XIX. Los autores estudian dos de los más famosos: la *Instrucción para pastores y ganaderos* del francés Daubenton (traducida y ampliada por Francisco González), publicada en castellano en 1798, y la *Vida pastoril*, de Manuel del Río, aparecida en 1828.

Los siguientes apartados de este capítulo se refieren a distintos temas de cultura material y animología pastoril: ajuar, alimentación, calendario, meteorología, diversiones, artesanía, construcciones y creencias. Finalmente, se recogen y comentan algunas opiniones y tópicos mantenidos en distintas épocas sobre los pastores.

La obra concluye con un capítulo final (el 7.^o) titulado «Referencias pastoriles», cuyo material creemos que habría resultado mejor aprovechado de emplearse en los distintos capítulos anteriores. En estas últimas páginas se pretende «hacer un repaso rápido para comprobar cómo la actividad pastoril ha impregnado de contenido ganadero la toponimia, la religiosidad, el paisaje, el arte popular... y en general, todas las manifestaciones vitales de la zona» (p. 201). Tales referencias aparecen sin estructuración, incluyéndose datos, como los relativos a la extensión de algunos términos municipales, que no encajan demasiado bien. Ciertamente, este capítulo no es lo más apropiado para el final de la obra.

En definitiva, estamos ante un trabajo interesante que no pretende agotar el tema, ya que, como los autores señalan, sólo han querido presentar unos pueblos y unas gentes dedicadas de manera fundamental a una actividad que está en vías de desaparición. Para concluir, haremos alguna observación con la que únicamente pretendemos apuntar ideas surgidas de la lectura del libro. Resulta ciertamente extraña la ausencia de planos y mapas en la obra, ya que hubieran sido mucho más útiles e ilustrativos (al tiempo que baratos) que las fotografías.

También creemos que podría haber sido de gran interés el dedicar algún capítulo a exponer la experiencia metodológica y humana que supone estudiar el mundo pastoril formando parte de él, al haber sido los autores propietarios y pastores de ovejas durante algunos años. Lo que Elías y Muntión definen como «participación plena», frente a la tradicional «observación participante», podría dar lugar (quizás lo haya hecho ya) a una profunda e importante reflexión que, sin duda, sería de gran interés para otros estudiosos de la etnografía. Desde aquí les invitamos a que trasladen al papel impreso la citada experiencia.

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ

BARLEY, Nigel: *El antropólogo inocente* (Barcelona: Anagrama, 1989), 234 p.

Este es, sin duda, uno de esos libros que pueden leerse en el tren para amenizar el viaje y quizá más de un viajero, absorto en la lectura, se pase de estación haciéndolo. El antropólogo inocente nos demuestra que una monografía etnográfica no tiene que ser necesariamente aburrida y que puede, además, constituirse en magnífica obra literaria sin perder su validez científica. Así nos lo han enseñado, ya, Clifford Geertz y otros al reivindicar las calidades específicas de la escritura del etnógrafo. Barley en su obra nos revela, de otro lado, la importancia de un humor que podríamos llamar literario en cuanto a estrategia distanciadora del antropólogo en ese quehacer suyo de traductor entre culturas.

Mediante una regocijante óptica humorística Barley consigue distanciarse de su propia solemnidad como aprendiz de antropólogo que va a someterse a la «gran prueba» del